

Presentación



Dr. Luis Manuel Martínez-Domínguez

Universidad Rey Juan Carlos

luismanuel.martinez@urjc.es

<https://orcid.org/0000-0003-0925-5731>

Siempre se ha considerado a la sensibilidad como un factor importante en la educación, pero hoy, contamos con evidencias científicas que nos muestran la sensibilidad como una dimensión personal que toda persona debe aprender a gestionar además de enriquecer culturalmente.

La sensibilidad es la capacidad de procesamiento sensorial para captar fenómenos y profundizar en la realidad misma que uno habita y por la que es habitado. No todas las personas cuentan con el mismo grado de intensidad. Según los estudios de Pluss (2018), alrededor del 25-35% cuentan con una sensibilidad por encima de la media. Media que la forma un grupo del 41-47%, y un grupo de 20-35% disponen de una sensibilidad inferior a la media. Dabrowski (1964) también detectó lo que llamó personas promedio, que coincide con ese grupo del 41-47% de la media de Pluss. Tomado el procesamiento sensorial directamente de las respuestas del cerebro, Elaine Aron (1997) estimó, por su parte, que la alta sensibilidad se aprecia en un 15-20% de las personas. Datos que han sido confirmados por Acevedo (2020) aplicando la neurociencia.

Si no se educa la baja sensibilidad, las personas con este rasgo pueden llegar a ser grandes tiranos, llegando a desarrollar comportamientos psicópatas o sociópatas, aprovechándose de los demás sin escrúpulos.

Cuando la sensibilidad es alta, la no educación puede llevar a situaciones de irritabilidad, desatención, temores, ansiedad, tristeza, baja autoestima o episodios de angustia existencial que no tienen una razón objetiva en apariencia. La alta sensibilidad no educada puede tomar formas muy dispares, que en ocasiones pueden confundirse con ciertas etiquetas clínicas, lo que hace presumible que muchos estudiantes que actualmente cuentan con un rasgo de alta sensibilidad, en lugar de educarles el rasgo se patologiza y se trata como un trastorno.

Este número de Cuestiones Pedagógicas aborda diferentes aspectos que conviene considerar para educar la sensibilidad y educar con sensibilidad.

Desde la antropología pedagógica, se muestra que la educación de la sensibilidad es algo propio de los humanos, por su carácter tridimensional. Ni la sensibilidad de las plantas ni de los animales requiere de la educación, pero las personas, contando con una sensibilidad

semejante a la de las plantas y a los animales, cuentan con una tercera dimensión que supone ser sensibles al propio origen, a la propia originalidad y es precisamente lo que estamos llamados a desarrollar con la educación, la propia originalidad.

Como aspecto de radiante actualidad, presenta un estudio en el que se compara y diferencia la “inteligencia sensible”, propiamente humana, de la “inteligencia artificial”, que cada vez parece más humana, pero que precisamente por esa falta de sensibilidad tridimensional, se puede diferenciar la inteligencia educable de las personas, de la inteligencia no educable de los animales y máquinas, dejando claro que toda inteligencia aprende, pero sólo la inteligencia humana, por su sensibilidad al origen es educable.

En esta línea, una de las aportaciones de este número es la presentación de lo que sus autores denominan “educación sensible”, que en el fondo es una redundancia, pues de suyo la educación debe ser sensible o de lo contrario, se va degradando, perdiendo su sentido pleno y reduciéndose a instrucción, adiestramiento o formación sin sensibilidad a la libertad profunda de la persona.

Resulta interesante considerar los estudios centrados en la enseñanza, considerando el papel que juega la sensibilidad el aprendizaje de una segunda lengua para que la persona llegue a ser, no sólo alguien bilingüe sino, además, una persona empática con aquellos que hablan la lengua no materna. Así mismo, la consideración de la sensibilidad del docente para educar desde el bilingüismo ofrece una perspectiva esperanzadora para aspirar a un bilingüismo para todos.

Dentro de las diferentes sensibilidades, el estudio que aborda el modo de crear un ambiente de aprendizaje sensible ofrece luces para que los docentes sean creativos y desde su propia sensibilidad, crear sinergias con las sensibilidades de sus estudiantes y compañeros docentes.

Con este número no se agota el estudio de la sensibilidad en la educación, sino que supone el reconocimiento de una veta importante para seguir profundizando de tal modo que cada persona pueda alcanzar una educación plana y las comunidades educadas establezcan relaciones maduras y empáticas. Con la sensibilidad, no sólo se consigue una motivación más profunda para ser competentes, sino que a su vez, las personas educadas en su sensibilidad, ponen en valor sus competencias, no sólo sin dañar y sin dañarse, sino además, cultivando una sociedad más bella, libre y justa para todos.

Referencias

Acevedo, B. P. (Ed.). (2020). *The Highly Sensitive Brain: Research, Assessment, and Treatment of Sensory Processing Sensitivity*. Academic Press.

Aron, E. N. y Aron, A. (1997). Sensory-processing sensitivity and its relation to introversion and emotionality. *Journal of personality and social psychology*, 73(2), 345. <https://www.recoveryonpurpose.com/upload/Sensory%20Processing%20Sensitivity.pdf>

Dąbrowski, K. (1964). Positive Disintegration. Maurice Bassett

Pluess, M., Assary, E., Lionetti, F., Lester, K. J., Krapohl, E., Aron, E. N. y Aron, A. (2018). Environmental sensitivity in children: Development of the Highly Sensitive Child Scale and identification of sensitivity groups. *Developmental psychology*, 54(1), 51. http://sro.sussex.ac.uk/id/eprint/69951/1/__smbhome.uscs.susx.ac.uk_ellenaj_Desktop_SRO_after%20august_DEV-2016-0543_R3_accepted%20version_SRO.pdf